

La continua Katherine Mortenhoe

D. G. COMPTON

TRADUCCIÓN DE
DAVID PARADELA LÓPEZ



Título original:
The continous Katherine Mortenhoe

Primera edición: mayo 2019

© 1974, 2016 by David Guy Compton
Published by arrangement with Virginia Kidd Agency Inc.
through International Editors' Co. Barcelona

© 2019 de la presente edición: Gallo Nero Ediciones, S. L.
© 2019 de la traducción: David Paradelo López
© 2019 del diseño de colección: Raúl Fernández
Maquetación: David Anglès

Cofinanciado por el
programa Europa Creativa
de la Unión Europea



La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por Ace Traductores

ISBN: 978-84-16529-72-8
Impreso en España
Depósito legal: M-13709-2019

La continua
Katherine Mortenhoe

Katherine Mortenhoe... Ahora ya tenía un nombre sobre el cual trabajar, además de un historial clínico. Disponía también del expediente de NTV. Estos dos últimos no iban a serme de mucha utilidad. Tanto la información del historial como la del expediente —cortada arbitrariamente, como las fotografías, desgajada de la continuidad temporal por motivos más que razonables— podía ser peligrosamente imprecisa. Casi con toda seguridad falsa. Espuria, en el sentido más amplio de la palabra.

El nombre me resultaba más útil. Mortenhoe era el apellido de su primer marido, pero lo había conservado después del segundo matrimonio. Aquello debía ser, cuando menos, indicativo de *algo*... ¿Afecto por Gerald Mortenhoe, quizá? ¿O por el hecho de ser, de haber sido, la señora Mortenhoe? A lo mejor tan solo era indicativo de la necesidad de ser polisilábica. El apellido de su segundo marido, Harold Clegg, era mucho más insípido.

Mi nombre profesional ante las cámaras es Jack Patterson. En mi partida de nacimiento pone que me llamo Roderick, nombre que familiares y amigos abrevian llamándome Roddie. Cuando empecé en televisión, mi agente creía que Roddie Patterson sonaba demasiado vulgar y Roderick demasiado farragoso, de modo que buscamos alternativas y dimos con Jack, que era el nombre de mi padre. Jack Patterson tenía un timbre agradable y cabal. Directo. Masculino, pero no machorro. Tanto mi padre como mi madre estaban muertos, asesinados quince años atrás por la bomba de unos manifestantes durante mi ceremonia de graduación en los jardines de la universidad.

Mi fijación con el nombre de Katherine se debía a que era la única cosa a la que podía aferrarme, la única información continua, veraz y enteramente suya. Como verán, tengo cierta manía con la continuidad y la veracidad desde que, ya hace tiempo, llegué a la conclusión de que las personas solo son auténticas cuando son continuas. Esa actitud, esa forma de afrontar mi trabajo como reportero, me había resultado muy provechosa. Gracias a eso había llegado adonde estaba. Aparte, era un juego que me permitía matar agradablemente el tiempo hasta la aparición en carne y hueso de la única, la auténtica, la continua Katherine Mortenhoe.

Nótese que por entonces yo daba mucha importancia a lo que, a mi juicio, era la verdad. Todavía se la doy.

Había leído el historial y el expediente mientras me tomaba un café en la cantina de NTV. Los datos, por más que sesgados y superficiales, habían despertado en mí un sentimiento de compasión que mis posteriores cavilaciones en torno a su nombre empezaban a disipar rápidamente. Comenzaba a decantarme por la necesidad de ser polisilábica, y esa especie de conciencia de estatus me aburría. En fin, con el tiempo saldríamos de dudas. Entretanto, Vincent y yo esperábamos sentados a que la única y auténtica Katherine Mortenhoe hiciera acto de presencia al otro lado del espejo de visión unilateral del Centro Médico. No recuerdo haberle preguntado a Vincent qué opinión le merecía todo aquel asunto. Suficiente tenía con mis propios prejuicios.

Los monos casi nunca se sientan. Se acucillan. Lo mismo, aunque menos a menudo, hace el culilampiño *Homo sapiens*, el hombre del Jardín, desprotegido a proa y popa. Aunque sus caderas no son tan fuertes, también este se acucilla. Podría decirse, pues, que la sencillez con que hoy en día aparcamos nuestras

flácidas y calvas posaderas a la menor oportunidad representa la más refinada flor de nuestra civilización. Sea como fuere, en aquella época, cada vez que me sentaba y reparaba en que me había sentado, me sentía débil y consentido. Enrarecido, parasitario, como si mi culo fuera una descomunal ventosa adherida al resto de la Creación. Entonces me removía. Me alzaba cariacontecido, primero de un lado, luego del otro, como intentando disimular. Me imaginaba que podía oír el plop de la ventosa al despegarse.

Bien, puede que a lo mejor lo hiciera alguna vez, por divertirme. Ay, los juegos, los juegos...

—¿Nervioso? —dijo Vincent con su sonrisa de director de programas.

Dado que en ese preciso instante me hallaba totalmente absorto haciendo especulaciones sobre el apellido de Mortenhoe y su posible significado, la inquietud que Vincent había advertido en mí debía de ser producto de un simple reflejo neurótico.

—Solo espero no odiarla —dije apoyando ambas nalgas con firmeza.

—A mí no me molesta que haya cierto grado de implicación. Ya lo sabes.

A Vincent le gustaba que sus entrevistadores mostraran una actitud positiva. Animaba las retransmisiones. Sin embargo, el programa que estábamos preparando no era una simple entrevista de plató, de esas de póngase-usted-bien-recto-y-escuche-attentamente. Si las previsiones no fallaban, y a Vincent nunca le fallaban, me vería obligado a pasar gran parte de las próximas cinco o seis semanas en compañía de Katherine Mortenhoe.

—Preferiría que me cayera bien —dije—. No solo por mí, sino también por ella.

Vincent echó un vistazo a su puro. Se le había apagado. La verdad es que no era hombre de puros. Volvió a prenderlo.

—Me vale con que no te pongas ñoño —dijo.

Lo decía por pincharme, evidentemente. Si mi especialidad fueran los programas ñoños, jamás habrían gastado semejante dinerito en mí. Por pura costumbre, levanté la vista para ver cómo tenía el pelo y la corbata en el monitor instalado en el rincón, sobre el espejo que nos separaba de la consulta del doctor Mason, pero, naturalmente, no se me veía. Ni el pelo, ni la corbata, ni la cara mirando a la cámara. Por un breve instante me sentí confundido. ¿Dónde estaba mi cara, esa cara que representaba el punto de referencia externo de mi yo? Fuera lo que fuera eso... En su lugar, lo que veía en el monitor instalado en la esquina, sobre el espejo, no era más que la imagen del monitor instalado en la esquina, sobre el espejo. Y en su interior, la imagen del monitor instalado en la esquina, sobre el espejo. Y en su interior... Pero ¿dónde de todo aquel artificio electrónico que se extendía hasta el infinito, hasta el más insignificante patrón de las seiscientos cinco líneas que el monitor era capaz de generar, dónde estaba yo?

Traté de apartar la vista y volver a mirar rápidamente, como si así pudiera anticiparme. Sabía que era una bobada, pero lo hice de todos modos. Como es natural (o antinatural), la imagen dio un bandazo pero permaneció inmutable. El monitor instalado en la esquina, sobre el espejo, no mostraba más que la imagen de lo que yo estaba mirando. La del monitor instalado en la esquina, sobre el espejo.

Cerré los ojos. *Mis ojos.*

Supongo que la imagen se cerró también. No podía ser de otra forma. Seguían siendo mis ojos, aunque no exclusivamente. Durante la intervención, ya puestos, los cirujanos me habían

corregido la hipermetropía. Ya no necesitaba mis modernas gafas de montura negra.

Cuando volví a abrir los ojos, miré hacia la estancia del otro lado del espejo. Un despacho caro, de los que transmiten serenidad. Colores cálidos. Mobiliario del siglo pasado. Jarrones con flores. Falsa calidez, falsos muebles, falsas flores. Falsa serenidad. Preferí no preguntarle a Vincent por qué el Centro Médico se había prestado a todo ese montaje. Por nuestra cara bonita, seguro que no, pero lo cierto es que no se me ocurría ninguna otra respuesta satisfactoria.

El doctor Mason sostenía un bolígrafo en posición vertical sobre el escritorio forrado de piel. Deslizó el pulgar y el índice a lo largo de la caña, le dio la vuelta y repitió el movimiento. Si me concentraba en mi visión periférica, alcanzaba a distinguir en el monitor la imagen del doctor Mason dándole vueltas al bolígrafo y deslizando nuevamente los dedos por la caña.

«Encuadre de imagen», lo llamaban. Hábiles como demonios, esos técnicos de las llamadas Herramientas Oftálmicas de Microbiorreacción Electrónica. En siglas, HOMBRE. Cualquiera que los hubiera visto habría entendido la ironía.

—¿Te duele la cabeza? —dijo Vincent, que seguramente me había visto cerrar los ojos de soslayo.

No envidiaba la papeleta que le había tocado al doctor Mason. Él era el médico de toda la vida de Katherine Mortenhoe, pero, teniendo en cuenta lo que tenía que decirle y el historial clínico de la paciente, no era fácil prever cuál sería la reacción la mujer. ¿Resentimiento? ¿Síncope fulminante? Posiblemente ira. Yo a él apenas lo conocía, pero se veía a la legua que era un profesional de tomo y lomo. Uno de esos que cuando ven sufrir a alguien con nobleza sacan lo mejor de sí mismos y tienden la mano (con gesto

profesional) en su dirección. Pero también de esos que, cuando ven a alguien regodeándose en el sufrimiento de forma indigna, sienten una repulsión que jamás dejan traslucir.

—¿Todavía te dan esas jaquecas? —dijo Vincent alzando un poco la voz y arrugando el ceño.

Estaba más que harto de que la gente me preguntase por mis jaquecas, por el hormigueo de mis extremidades, por mis cavidades nasales o por la frecuencia de mi tránsito intestinal. Si tuviera que haber respondido cada vez que me hacían una pregunta de esas, tendría que haberme pasado los tres meses anteriores con un dedo en el pulso y el otro en el recto para informar cada media hora de las posibles novedades.

Sea como fuere, esa sonrisa y esa forma de arrugar el ceño formaban parte de la actuación de Vincent.

—Solo cuando me río —dije conteniendo la exasperación. A fin de cuentas, Vincent era el director del programa.

El espejo era más fino de lo que me pensaba: el doctor Mason ladeó la cabeza y apretó los párpados. Como si fuera él quien sufría el maldito dolor de cabeza.

—Supongo que estará al caer —dijo Vincent golpeándome con el codo.

Parecía un truco de ventrílocuo: sus palabras llegaban a mí sin desviarse ni medio dedo, aun cuando sus labios apenas se movieran y sus ojos permanecieran fijos en la pared del fondo de la sala; un truco aprendido en fiestas y ejecuciones oficiales.

—Creía que el espejo estaba insonorizado —dije levantando la voz.

El doctor Mason torció la vista y me miró, no a los ojos, como habría hecho si hubiera podido verme, sino un poco más abajo, a la altura de la nuez. Sacudió la cabeza con gesto desaprobatorio

y me temo que le saqué la lengua. Vincent hizo como si nada. El doctor Mason volvió a concentrarse en su bolígrafo y en deslizar el pulgar y el índice a lo largo de la caña para luego darle la vuelta.

—Habría sido maravilloso poder hacer esto antes —dijo Vincent, invisiblemente—. Una vez intentamos hacer una reconstrucción, pero no funcionó.

—Sí, ya lo sé.

—Y no por falta de espontaneidad. El tipo lo puso todo de su parte. Parecía estar reviviendo el momento. La agonía, quiero decir.

—Sí, ya lo sé.

—Pero no hubo forma de poder aprovecharlo. Estuvimos dándole vueltas en el estudio y al final lo descartamos. Cuando empiezas a tirar de reconstrucciones, mal asunto. Pierdes toda la credibilidad.

Decir otra vez «sí, ya lo sé» habría sido pasarse. Aprovecharse de mi posición. Si tienes un mínimo de *delicadeza*, aunque tu puesto dentro de una organización sea intocable, de algún modo estás obligado a mantener las formas. Si querían, podían ponerme en la lista negra de por vida, por supuesto, pero eso les habría impedido recuperar la inversión que habían hecho conmigo, las cincuenta mil que su aseguradora les había dejado apostar en mí. En mi yo experimentado, fiable, *delicado*.

—Es una lástima —dije al fin— que no se pueda fichar a los protagonistas por adelantado. Irlles con algún cuento para conseguir que firmen. Así podríamos empezar por el principio.

—¿Sugieres que engañemos a la gente?

—Sería una licencia artística. Ninguno de los protagonistas se quejaría. En cuanto firmasen, se lo explicaríamos y lo entenderían.

La idea era ridícula, por supuesto. Solo estábamos de chachara hasta que llegase Katherine Mortenhoe. Por entonces, la Ley de Libertades Civiles, la Ley de Invasión de la Intimidad, el nuevo Código de Gobierno y toda esa murga impedían que los medios nos pasásemos de la raya. De todos modos, la legislación prácticamente la habíamos dictado nosotros para cubrirnos las espaldas, por lo que habría sido de locos plantearse incumplirla. Aquello habría supuesto una vuelta a la Última Defensa de Stevenson, apócrifa o no, y a los chistes pesados sobre hombres que, muertos de la vergüenza, se plantan en los hospitales con el micro de la radio metido en el recto.

En ese momento pitó el intercomunicador del escritorio del doctor Mason.

—Doctor, ha llegado la señora Mortenhoe.

El doctor Mason soltó el bolígrafo, abrió un cajón en busca del diagnóstico computerizado que yo mismo le había visto guardar ahí apenas cinco minutos antes, se sonó la nariz, se frotó los ojos y carraspeó. No dejaba nada al azar, el bueno del doctor.

—Que pase, por favor —dijo.

Al verlo buscar el diagnóstico, me acordé de un chiste de computadoras bastante bueno. Un tipo va al médico para que le haga un diagnóstico. Le han salido unas manchitas, tiene dolores, sensaciones raras... Cada cual puede aderezar esta parte un poco a su gusto. Cuanto más exagerados sean los síntomas, mejor. El doctor toma nota de todo y se lo pasa a la máquina. Una pausa larga. Titilar de lucecitas y ruido de cintas y relés. Finalmente, la computadora escupe uno de esos extensos diagnósticos en papel azul. Solo que este consiste solamente en tres palabras. Solo tres. «¡Qué maravilla! —dice el paciente—. ¿Qué

pone?» El médico le acerca el impreso por encima de la mesa. El paciente no se atreve a mirar. «No, léamelo usted», dice. El médico baja la vista al papel y lee: «Lo veo negro».

Antes de que Katherine Mortenhoe entrase en el despacho, me dio tiempo a desear que también su computadora tuviera sentido del humor.

*

De repente, sin que la cosa viniera a cuento, la habían llamado del Centro Médico.

Hasta entonces, siempre había sido ella la que llamaba desde su despacho de Computabook. Siempre algo avergonzada y, por eso mismo, cortante. Naturalmente, el doctor Mason estaba muy ocupado, pero ella también lo estaba. Además, la neurótica era ella, no él. Y como no le recetase otra cajetilla de cápsulas (aunque fueran placebos, daba igual), dudaba que pudiera aguantar hasta el final de la semana. Estaba revisando el nuevo libro de Celia Wentworth, o de Aimee Paladine, o de Ethel Pargeter —siempre con una autoironía defensiva en la voz—, y debía tenerlo listo para el viernes. La muchacha del Centro se mostraba siempre muy amable y le encontraba un hueco para esa misma tarde.

Había otras cosas que se las callaba. Que el suyo era un trabajo exigente y creativo, por ejemplo. Que la gente no debía creer que, por el mero hecho de tener una computadora, se cruzaba de brazos y dejaba que la máquina pensase por ella. Que era la responsable del departamento ante la Junta. (Peter era un chico estupendo, y muy brillante, pero no sabía distinguir un giro argumental de un desenlace.) Que, en realidad, era *su* departamento...

Esas cosas se las callaba, ya que, desde que el mundo es mundo, habían sido la cantinela de burócratas y *apparatchiks*.

Se las guardaba para los oídos del doctor Mason. Él la conocía y sabía que a veces necesitaba despotricar un poco.

Y el jueves, de repente, sin que la cosa viniera a cuento, había recibido la llamada del Centro Médico. Decían que habían visto que tenía hora para el martes siguiente y que solo querían confirmar la cita.

Ella había dicho que no había pedido ninguna cita y que estaba segura de que había algún malentendido.

Ellos le habían contestado que era muy probable que se tratase de un malentendido, pero que la hora estaba disponible igualmente. ¿Le apetecía aprovecharla? Charlar de vez en cuando con su médico no le hace mal a nadie, decían, aunque uno esté más sano que un roble. («Ellos», en esta ocasión, era un varón joven y de voz solícita. Claro que su solicitud era pura apariencia, precisamente por eso lo habrían contratado. El doctor Mason era el único capaz de penetrar su caparazón profesional.)

Por no discutir, dijo que acudiría, anotó la cita en la agenda y al instante se olvidó del asunto. O mejor dicho, su mente confundió las fechas y retrasó la cita al miércoles, que era el día que tenía que ir a la peluquería. Y es que sabía perfectamente, y lo aceptaba con entereza, que solo podía haber un motivo para que el doctor Mason solicitara verla. El Centro no cometía errores. Si el doctor Mason deseaba verla, tenía que ser porque estaba enferma: no moderadamente neurótica («totalmente desquiciada», que habría dicho su abuela), sino enferma. Físicamente enferma.

Por un instante, pensó que quizá estaba muriéndose. Una posibilidad dramática, aunque improbable. Eran los gajes de tener

una mentalidad novelística, o, si así se prefiere, de ser novelista. Una idea encantadora, deliciosamente anticuada. En el mundo real casi nadie se moría de nada, salvo de senectud. Y ella tenía cuarenta y cuatro años, por el amor de Dios, todavía le faltaba un buen trecho para eso.

Por la noche, después de cenar, mientras estaban poniendo el lavavajillas, le había contado a Harry lo de la llamada del Centro. Dejó caer la noticia como si nada, como si el asunto no fuera con ella. Harry se quedó helado, con los cubiertos sucios en la mano.

—¿Y qué crees que quieren? —preguntó.

—Nada. ¿Qué van a querer? Ya te lo he dicho. Ellos mismos han admitido que seguramente era un error.

—Está bien —dijo él sonriendo, y se agachó para poner los cubiertos en su compartimento. Pero no la creyó.

—Querido, si ellos dicen que es un error, estoy segura de que la cosa no tiene mayor secreto. A fin de cuentas, tú mejor que nadie deberías saber los líos que se arman a veces en organizaciones tan grandes.

—Sí, claro que lo sé —dijo colocando los platos mientras ella no le quitaba los ojos de encima; a continuación cerró el lavavajillas y lo puso en marcha—. Además, charlar con Mason no te hará ningún daño. Siempre te encuentras mejor después de ir a verlo.

—Lo cual quiere decir que en realidad no tengo nada.

—Nada físico, Katherine. Los dos lo sabemos.

Como para darle la razón, Katherine empezó a sentir uno de sus mareos y aquella familiar opresión en torno a la cabeza. No se trataba exactamente de una migraña, sino más bien de una sensación opresiva, como si se le encogiera el cráneo. Si algo odiaba, era a la gente que solo sabía hablar de su salud.